

Capítulo 1

El deseo reptaba por su cuerpo y hacía resonar un ritmo en su cabeza. La música bullía y rugía, llenaba el enorme bar, una melodía briosa e irresistible tan oscura y vibrante como él mismo. Las notas nacían en lo más profundo de su alma, se transmitían a través de sus dedos a la guitarra que sostenía como quien abrazaría a una mujer. La música era una de las pocas cosas que le recordaban que estaba vivo y que no pertenecía al mundo de las criaturas inertes.

Sentía las miradas clavadas en él, aunque él nunca alzaba su propia mirada. Oía la respiración del público, el aire que transitaba por los pulmones como el paso de un tren de carga. Sentía el flujo de la sangre yendo y viniendo por las venas, llamándolo como una dulce seducción, encendiéndole los sentidos hasta que su anhelo se convirtió en una obsesión oscura e implacable como la sombra de su alma.

Susurraban. Cientos de conversaciones. De secretos. Frases hechas para flirtear, cosas que se susurran en los bares al amparo de la música y la oscuridad. Él oía cada una de las palabras con nitidez mientras seguía tocando con el grupo de jóvenes y entusiastas músicos. También oía los susurros de las mujeres que hablaban de él. Dayan. Primer guitarrista de los Trovadores Oscuros. Querían meterse en la cama con él, y siempre por motivos equivocados. Él también las quería, pero sus motivos las habrían aterrorizado.

El tema llegó a su fin, la muchedumbre rugió, pateó, aplaudió y gritó su entusiasmo. Dayan divisó al hombre que esperaba en la barra. Cullen Tucker alzó un vaso de agua en su dirección, frunciendo el ceño.

—¿*Qué hacemos aquí?* —Dayan entendió perfectamente la expresión, leyó en la mente del hombre. ¿Qué hacían ahí? ¿Qué lo había llevado a entrar en ese bar, coger su guitarra y empezar a tocar para esa multitud? Su actuación no haría más que despertar un interés que no les convenía. No era un lugar seguro. Dayan sabía que los perseguían y, sin embargo, no tenía alternativa. Lo había embargado una *necesidad* acuciante de permanecer en ese bar. Como si esperara algo..., o a alguien.

Los dedos de Dayan ya empezaban a coger un nuevo ritmo. Una melodía oscura, de humor cambiante, se apoderó de él, como si exigiera ser liberada. Su voz llamó a la multitud, la sedujo, se volvió tentadora. La llamaba a ella. Le ordenaba. A su amante. Su compañera eterna. Su otra mitad. La llamaba para que ella lo completara. Para que le devolviera las emociones que se habían desvanecido de su vida tras dejarlo convertido en una cáscara vacía, cada vez más oscura. Una criatura que vivía en las sombras, vulnerable a las bestias que acechaban. *Sálvame. Ven a mí.* Aquellas palabras dejaron al público suspendido, sin aliento, y a las mujeres los ojos se les llenaron de lágrimas.

Se acercaron al escenario, sin darse cuenta de lo que hacían. Sin darse cuenta del poder de atracción de su voz, ni de su mirada. Dayan las hipnotizaba. Las seducía. Las hacía suyas. Y entonces lanzó un hechizo, como un predador peligroso entre presas fáciles. *Sálvame. Por favor, sálvame.* Su voz se apoderó del público, penetró en ellos por los poros de la piel y empapó los cerebros hasta que todos lo contemplaron totalmente cautivados. Despertó el hambre como respuesta a la agudización de sus sentidos. Dayan mantuvo los ojos cerrados, eliminando así la visión de la multitud, perdiéndose en la canción que le dedicaba. A su compañera eterna. A la única mujer que podía salvarle. ¿Dónde estaba?

Se abrió una puerta y la brisa de la noche penetró en la sala, disipando el olor de demasiados cuerpos apiñados en un espacio demasiado pequeño. El ruido de los latidos de un corazón le hizo alzar la cabeza. El corazón era débil e irregular y latía demasiado rápido, funcionaba con dificultad. Dayan levantó la cabeza y se quedó literalmente sin aliento. Ahí estaba ella. Como si nada. Los pulmones le quemaron al buscar el aire y sus dedos perdieron su ritmo de toda una eternidad. Su corazón comenzó a acompasarse con el curioso ritmo de ella.

Dayan se obligó a respirar una bocanada de aire. Primero una, luego otra. Los otros músicos lo miraron con incertidumbre. Dayan inició una melodía que nunca antes había tocado, una melodía que siempre había estado ahí, encerrada en su corazón. Se dio cuenta vagamente de que los músicos le habían encontrado la clave y ahora lo seguían, pero él no prestaba atención a los demás. No podía apartar la mirada de ella, ni dejar de observarla mientras su acompañante, una chica de pelo rubio, hablaba con algunos conocidos.

¿Qué le pasaba a su corazón?

Su mirada oscura la escrutó con gesto posesivo, como marcándola, o reclamándola. Era una mujer pequeña, curvilínea, de pelo oscuro y espeso y ojos enormes. Dayan la observó moverse, se fijó en el balanceo de sus caderas, y le pareció increíblemente bella. Además, era humana. Sabía que era posible para uno de su estirpe, un carpadiano, tener a una compañera humana, pero jamás había imaginado que su otra mitad lo sería.

Ella hizo una breve pausa para mirarlo y clavó en él una mirada de asombro, porque, por un instante de lo más breve, se había cruzado con la suya. En su boca perfecta se dibujó una «O», redonda y perfecta, al fijarse en él. Giró la cabeza hacia la rubia alta que la acompañaba. La otra mujer rió y la abrazó, y luego la condujo entre la multitud hasta un reservado en un rincón oscuro de la sala. Él oyó el murmullo suave de su voz, y su mundo cambió de inmediato. Ahí donde antes la sala para él sólo era visible en matices de gris, ahora todo se volvió brillante y vivo, lleno de colores fuertes y deslumbrantes.

Las emociones empezaron a apoderarse de él a toda velocidad, y eran tantas que no le daba tiempo a asimilarlas. Sólo atinó a quedarse ahí sentado mientras sus dedos volaban por las cuerdas de su querida guitarra. Así lo sentía. Su guitarra. Constató, asombrado, que las lágrimas le quemaban los ojos. Estaba casi paralizado por el bombardeo de tal diversidad de estímulos. La música. El deseo. Los colores. La lujuria. Era como un volcán a punto de fundirse que se sumaba a esa sensación de crispación suya. Y también sintió celos, oscuros y peligrosos. Se dio cuenta de que no le agradaba ver a los hombres arremolinados en torno al reservado, inclinándose para entablar conversación con ella.

De pronto, aquel pensamiento liberó a la bestia que había en él, y tuvo que reprimirla. En ese estado, era un ser peligroso. La música

fluía desde su interior, a través de él. Aquellas emociones salvajes casi lo ahogaban, y lo cegaba aquella miríada de colores. Respiró profunda y pausadamente, se obligó a controlarse y lo consiguió. *¿Qué pasaba con su corazón?*

Mantuvo la cabeza inclinada sobre la guitarra, pero sus ojos vacíos y oscuros estaban fijos en su presa, en la única mujer que le importaba. Tocó para ella, vació su corazón para ella, dejó que la belleza de su música le hablara. Deseaba que ella viera al poeta en él, no al predador. Ni la oscuridad. Mientras tocaba, escuchaba la conversación que ella sostenía, buscando el eco de su voz.

—No puedo creer que sea él en persona, Lisa. Es Dayan, de los Trovadores Oscuros. Es casi un dios entre los músicos. Jamás he oído a nadie que toque como él. Me pregunto qué estará haciendo aquí, con este grupo. —Era su voz, suave y femenina. Hablaba con cierto tono reverencial, mientras tamborileaba un ritmo sobre la mesa, siguiendo el compás de la guitarra.

Lisa se inclinó sobre el reservado para hacerse oír por encima del ruido que llenaba el ambiente del bar.

—He oído que está de vacaciones por aquí cerca. Supongo que esta noche sólo ha venido a improvisar un par de temas. Sé cuánto te gusta la música, Corinne, y quería darte una sorpresa.

Así se llamaba. *Corinne*. Incluso su nombre encajaba con la música en la cabeza de Dayan. Sin un ápice de vergüenza aguzó el oído para enterarse de lo que pudiera. Ella escuchaba su música, y todo su cuerpo respondía naturalmente, aunque no lo miraba con la admiración con que lo miraban todas las demás mujeres. No como a él le habría gustado.

—Pero ¿cómo lo sabías? No se trata de un cualquiera, Lisa. Es un genio cuando toca. ¿Cómo sabías que vendría esta noche?

—Bruce... ¿Te acuerdas de Bruce? Trabaja para mi fotógrafo. Bruce sabe que eres una gran amante de la música. Hoy se dejó caer para tomar una copa y me llamó para decirme que un integrante de los Trovadores Oscuros vendría esta noche a improvisar. Bruce dijo que hay un tío en la barra que, por lo visto, es amigo del primer guitarrista y viaja con los Trovadores Oscuros —dijo Lisa, y señaló a Cullen—. Todos esperan que eso sea un indicio de que los Trovadores andan buscando nuevos locales donde tocar.

—Es verdad que prefieren actuar en las salas más pequeñas y de

ambiente más íntimo, pero ¿a quién se le habría ocurrido que querían hacerlo aquí? —dijo Corinne. Su mirada se desvió hacia Dayan, se encontró con la de él y se giró, rápida.

Aquello lo sacudió. Sus dedos casi perdieron el ritmo. El estómago se le retorció de una manera rara y Dayan sintió como un batacazo en los pulmones que le quitó el aire.

—¿De verdad es tan famoso? —preguntó Lisa, que miraba sonriendo a Corinne.

—Es muy, muy famoso, no seas ignorante. —La risa de Corinne era afectuosa y provocadora—. Su grupo no tiene contrato con ningún sello. Algunas personas intentan grabar su música cuando van a los conciertos. Son cintas que valen una fortuna.

—Tú tienes un disco viejo y varias cintas, ¿no? —preguntó Lisa. Corinne se sonrojó.

—¡Shh! ¡Dios me libre, Lisa, esas cintas las he comprado en el mercado negro! ¿Y si alguien te oye? —preguntó. Se notaba que se sentía culpable—. Este grupo viaja y la mayoría de las veces toca en lugares pequeños, como lo hacían los antiguos trovadores. Es probable que por eso hayan adoptado ese nombre.

Lisa apoyó el mentón en una mano.

—Está mirando hacia aquí. Te lo juro, Rina, creo que se ha fijado en nosotras.

—Es estupendo. No tenía ni idea. —Corinne nunca había sido de aquellas mujeres que iban detrás de los famosos, ya fueran actores, músicos o atletas. No era su estilo. Ella vivía con los pies demasiado plantados en la tierra. Sin embargo, Dayan tenía el aspecto de un dios griego. Era alto y fibroso, y daba la impresión de poseer una tremenda fuerza sin ser ostentosamente musculoso. Tenía el pelo muy largo pero bien cuidado, brillante como el ala de un cuervo, recogido en la nuca y atado con una tira de cuero. Sin embargo, fue su rostro lo que llamó la atención a Corinne, y que luego la cautivó, un rostro que podría haber sido esculpido en mármol, el rostro de un hombre capaz de una gran sensualidad, o de una gran crueldad. Corinne no podía sustraerse a cierta sensación de peligro al mirarlo.

Su boca era bella, como lo era la forma de su mandíbula, con la leve sombra azulina de la barba no afeitada (a ella siempre le había gustado ese detalle en los hombres), si bien fueron los ojos los que la atraparon. Cometió el error de mirarlo directamente. Eran unos ojos

bellos, con la forma característica de los felinos, oscuros y misteriosos, vacíos y, aún así, llenos de mil secretos. Corinne se creyó casi impulsada hacia esa mirada, capturada para toda la vida. No podía apartar la vista, hipnotizada. La palabra le vino desde la nada. Se sentía decididamente hipnotizada por él. Dayan tenía la cabeza inclinada hacia la guitarra, pero su mirada parecía fija en ella. Con su figura deslumbrante, Lisa se convertía fácilmente en el centro de atracción y estaba acostumbrada a las miradas. Corinne apenas podía respirar mientras él mantuviera los ojos clavados en ella.

Apretó las manos con fuerza, hasta hincarse profundamente las uñas afiladas en la palma de las manos. El corazón le latía como si fuera a dar un osado salto mortal y ya no le quedara aire en los pulmones.

—Jamás he escuchado a nadie que tocara tan bien. —Tenía la boca tan seca que casi no pudo pronunciar esas pocas palabras.

—Por mí, puede sentarse en mi habitación y tocar hasta que me duerma todas las noches —dijo Lisa.

Corinne sintió que volvía a sonrojarse ante la idea de encontrarse con ese hombre en su habitación. Verlo tocar la guitarra no era lo que ella tenía en mente. La imagen que le vino a la cabeza era insólita. Jamás había pensado en nadie de esa manera. Ni siquiera en John. No sólo le parecía estar cometiendo una especie de infidelidad sino, además, era muy raro en ella. De pronto, tuvo mucho miedo. Tuvo ganas de echar a correr como una niña y encontrar un lugar donde esconderse de esa mirada hipnótica y del extraño efecto que parecía surtir en ella. Aquel hombre la asustaba, la asustaba de verdad. Quizá fuera su música, tan intensa, tan *deseosa*, como su mirada.

—¡Corinne! —Lisa dijo su nombre bruscamente, rompiendo el encanto—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas tu medicación? La has traído, ¿no? —Lisa ya había cogido el bolso de Corinne y empezaba a hurgar nerviosamente en el interior. En su voz se adivinaba un dejo de temor.

—Estoy bien, Lisa —dijo Corinne—. Creo que mi héroe me ha robado el aliento por un instante. Es potente. Me gustaría que volviera a cantar —dijo, y se obligó a soltar una risa.

—Ya lo creo —dijo Lisa, soñadora—. Tiene una voz muy *sexy*.

—Cálmate, corazón mío —dijo Corinne, en son de broma, cogiéndose el pecho con gesto dramático. Aquello hizo reír a Lisa, y

borró el miedo repentino de sus ojos, tal como Corinne sabía que ocurriría.

Con su poderoso sentido del oído, Dayan recogía hasta la última palabra de lo que hablaban. Sus frases se colaban por entre las demás conversaciones, que él eliminaba de su mente, pero no la suya. *Corinne*. La otra mujer la había llamado Corinne. Aunque se alegraba de saber que le había robado el aliento, ahora tenía que evaluar la situación. *¿Medicación? ¿Qué medicación? ¿Qué le ocurría a su corazón?* Era importante averiguarlo lo más pronto posible.

Dayan dirigió su atención hacia Cullen.

—*Ve al reservado del fondo y conversa con aquellas dos mujeres*—. Lo dijo imperativamente; sus palabras eran una orden. No le agradaba usar a Cullen (no estaba en su naturaleza utilizar a alguien que apreciaba), y ahora que volvía a sentir emociones, se daba cuenta de la amistad que había tejido con aquel macho humano. Sin embargo, necesitaba un emisario, alguien que se moviera con rapidez antes de que Corinne se marchara. Percibía su miedo con toda claridad, y no podía permitir que huyera de él.

Cullen se giró y vio a la rubia guapa. Para su asombro, la reconoció. Era Lisa Wentworth, una modelo que aparecía a menudo en las portadas de las revistas de moda. Normalmente, no tendría las agallas de dirigirle la palabra, pero, por algún motivo, se vio a sí mismo zanjando la distancia que mediaba entre ellos. Cullen se había enamorado una vez en su vida, pero había perdido a su novia. Desde entonces, nunca se detenía a mirar dos veces a una mujer. Pero esta vez no pudo evitar fijarse en Lisa Wentworth. No era sólo una mujer bella, era algo que brillaba desde muy profundo en su interior.

—Sería un honor convidaros a una copa de lo que sea que estéis tomando —dijo, para saludar—. Me llamo Cullen Tucker. —Habría querido tener una frase para ligar que lo hiciera destacar de todos los demás hombres que la miraban, pero hacía años que no intentaba seducir a una mujer.

—Lisa Wentworth. —Lisa le tendió la mano y lo saludó con una sonrisa destellante, mientras Corinne parecía hundirse en las sombras, con el rostro ligeramente girado y el pelo cayéndole como un escudo de seda—. Ella es Corinne. Corinne Wentworth.

Cullen frunció una ceja con gesto de pregunta. No se parecían en nada, aunque, en su opinión, las dos eran bellas.

—¿Qué queréis beber?

—Estamos bebiendo sólo agua —explicó Lisa con una sonrisa coqueta que le curvó los suaves labios—. Dejaré que nos traigas una botella si nos prometes sentarte con nosotras.

—Vuelvo enseguida —dijo Cullen, más bien contento con el hecho de que Lisa no mirara a Dayan de esa manera que advertía en tantas mujeres. Viajando con el grupo, había aprendido que a los fans les importaba poco qué tipo de personas fueran los miembros del grupo, sólo que eran famosos y tocaban en un grupo.

—¿Qué haces, Lisa? —preguntó Corinne, con un silbido de voz—. ¿Estás loca? Tú nunca ligas. ¿En qué estás pensando? Dime que no pretendes usarlo para conocer al guitarrista.

—Claro que no. No lo sé... Encuentro que tiene algo. Es simpático. No me mira como si fuera algo que se pone alrededor del brazo para fardar. Una se cansa de eso. ¿Tanto te importa si sólo se sienta a conversar con nosotras? Puedes seguir mirando a Dayan mientras toca. —Lisa dijo aquello último como deseando que ocurriera.

Corinne respiró hondo y espiró lentamente. No era nada justa con Lisa. Su amiga necesitaba divertirse. Hacía meses que se ocupaba de ella. Con cuidado, Corinne escondió en su regazo la mano temblorosa y se obligó a encogerse de hombros, como mostrando indiferencia.

—Supongo que sí, que puedo escucharlo. Pero no pienso volver a mirarlo. Sólo escucharlo tocar es impresionante. Es casi demasiado bueno.

Lisa tenía los ojos puestos en el hombre en la barra, y lo estudiaba con interés. Tenía los hombros cuadrados y se mantenía bien erguido. Le gustó su manera de mirarla directamente a los ojos. Había algo más, algo que le llegó al corazón. No podía definirlo ni explicárselo a Corinne, pero parecía un hombre que cargaba con el peso del mundo sobre los hombros y que no tenía a nadie que lo aliviara de su fardo. La verdad, lisa y llanamente, era que le gustaba su aspecto.

—Yo me quedaré con Cullen —dijo Lisa, mitad en broma—, y tú puedes quedarte con el guitarrista.

Corinne le lanzó una sonrisa generosa.

—Es demasiado bueno para ser verdad. Los hombres como él rompen corazones ahí por donde pasen. Tienen ese elemento de peligro porque, en realidad, son chicos malos. Las mujeres creen que

pueden cambiarlos, pero la verdad es que son malos y no hay nada que hacer para remediarlo. Si eres una mujer inteligente, como yo, te limitas a mirarlos y a fantasear. Ni te acercas a ellos ni te quemas los dedos. Con sólo escucharlo tocar, me sentiré muy feliz.

Cullen se abrió camino a través de la sala repleta de gente hasta el reservado donde estaban sentadas las dos mujeres. No tenía ni idea de lo que les diría. La rubia le había infundido un verdadero pánico. Le era imposible prestar demasiada atención a una mujer cuando una pandilla de asesinos le seguía los pasos con la intención de liquidarlo. Con gesto cuidadoso, dejó una botella de agua delante de cada una de ellas.

Lisa le sonrió y se desplazó para dejarle espacio a Cullen, que se sentó a su lado. La sala estaba llena y había mucho ruido. Lisa quería oír cada palabra que dijera aquel hombre. Corinne se movió ligeramente con la intención de dejarle a Lisa un poco más de intimidad para desplegar su encanto. Se merecía encontrar un hombre bueno. A alguien. Necesitaría a alguien muy pronto.

La música siguió, pero Corinne se dio cuenta en cuanto Dayan dejó de tocar. La belleza y la claridad desaparecieron de la música, y sólo quedó un grupo aceptable que compensaba con mucho entusiasmo su falta de genialidad. Corinne no pudo evitarlo. Le lanzó una fugaz mirada por debajo de sus largas pestañas. Él se había puesto de pie, un movimiento cualquiera, casi perezoso, que a Corinne le hizo pensar en un enorme felino de la selva estirándose. Cogió su guitarra con cuidado, la dejó apoyada en la pared trasera, lejos del alcance de admiradores o alborotadores. Por un instante breve, miró hacia los jóvenes del público, la mayoría de los cuales lo observaban como en un raptó de adoración. Por su rostro, cruzó fugazmente una expresión que quizá delataba una especie de impaciencia.

Giró la cabeza y la miró directamente. Ella sintió enseguida el peso de su mirada. Una mirada intensa y hambrienta. Corinne notó que el corazón dejaba de latirle. Él la miraba a ella, no a su amigo ni a Lisa, sino a ella, directamente. Las miradas se encontraron en un punto intermedio de la sala y ella experimentó enseguida esa atracción que la hipnotizaba. Un encanto, un hechizo. Dayan se inclinó y le dijo algo al guitarrista del grupo y, acto seguido, bajó del escenario. Por encima de la multitud, sus ojos negros la mantuvieron cautiva, porque Corinne no podía apartar la mirada.

El corazón se le había desbocado, y el aire se negaba a penetrar en sus pulmones. Sólo atinaba a mirarlo, impotente, a observarlo mientras él cruzaba la sala hasta llegar a su lado. Era curioso, pero nadie, ni una sola mujer, le dirigió la palabra. Todos se apartaban rápidamente de su camino, de modo que se acercó a ella sin encontrar resistencia. Llegó junto al reservado, y fue como si su oscura mirada sólo la viera a ella. De cerca, su figura inspiraba aún más temor que en el escenario. Se percibía su fuerza como una segunda piel. Y más que atractivo, era oscuramente sensual. Atterradoramente sensual.

El grupo comenzó un tema lento y suave, y Dayan se inclinó y le cogió la mano.

—Tengo que bailar contigo. —Lo dijo sin más, abiertamente, sin adornos, sin preocuparse de su vulnerabilidad. *Necesitaba* tocarla, estrecharla en sus brazos. *Necesitaba* saber que era real y no un producto de su imaginación.

Corinne no podría haberse resistido bajo ningún concepto. Dejó que se apoderara de ella, y él la cogió con exquisita suavidad cuando se incorporó, y la atrajo hacia sus brazos y hacia todo su cuerpo. Ella apoyó la palma de la mano sobre su corazón poderoso. Enseguida sintió el calor, su contextura musculosa y sólida. El corazón se le aceleró y aquello le provocó una sensación de extrañeza. Estaba en otro mundo, un mundo de ensueño. Flotando. Él era bastante más alto y, sin embargo, ella se le acoplaba perfectamente, como si estuviera hecha para él.

Dayan inclinó su cabeza oscura hacia ella.

—Respira. —Fue un susurro de palabra contra su piel, y Corinne sintió que toda ella revivía. Así, sin más. Hasta la última terminación nerviosa, hasta la última célula. Su aliento era cálido y sus brazos increíblemente fuertes, aunque a ella la sostenía casi con ternura. Era una especie de magia, y Corinne supo enseguida que él sentía lo mismo.

Por un instante, cerró los ojos y se dejó llevar. Sus cuerpos se movían a un ritmo perfectamente sincronizado, como si hubieran bailado como pareja toda la vida. Como si estuvieran haciendo el amor. Corinne se mordió el labio. Era el gesto más íntimo que había compartido en su vida, a pesar de haber estado casada. Él parecía estar por todas partes, rodeándola, y su cuerpo era duro, aunque sus manos parecían suaves. Empezó a ocurrir algo curioso. Su corazón, que so-

lía latir de forma errática, se esforzaba por acompañarse con el latido más rítmico de él. Corinne se dio cuenta de ello porque cada detalle era muy importante. Quería conservar el recuerdo de ese momento el resto de su vida.

La música se movía por Dayan hasta que él mismo era la música. La mujer en sus brazos ya era una parte de él. Él lo sabía en lo más profundo del alma. Ella era la elegida, la única. Dayan era sensible al esfuerzo con que latía su corazón, así como sentía su cuerpo delicado y femenino acoplándose a su armazón masculino. Sin embargo, la situación era más compleja de lo que había pensado al principio. Ella era la única mujer para él y, aun así, había un tercer latido. Ahora lo oía perfectamente, con su ritmo galopante, cuando la estrechó más cerca. Sintió la vida en ella, la leve hinchazón del vientre por debajo de la ropa suelta que llevaba.

Le cogió la mano y se la acercó a su barbilla, y la estrechó aún más mientras analizaba ese descubrimiento. Corinne portaba una criatura. La criatura de otro hombre. Una criatura humana. Por un momento, su mente fue un caos, una mezcla salvaje de celos, rabia y miedo, sensaciones nunca experimentadas. Respirar le aliviaba, y se concentró en lo más importante. Si le daba su sangre, era probable que pudiera curar la dolencia de su corazón, pero ¿qué consecuencias tendría ese cambio en una criatura aún por nacer? Dayan presentía su temor y su tristeza. Siguió moviéndose con ella, todo él bajo el influjo de una punzada dura y urgente, con la cabeza hecha un batiburrillo de ideas, pero sintiendo que por primera vez en su existencia su alma y su corazón estaban en paz, aún cuando su cerebro siguiera buscando la solución a un problema tan singular.

La canción acabó y, muy a su pesar, Dayan dejó que ella se apartara de sus brazos, aunque todavía la tenía cogida la mano, por si quisiera huir.

—Me llamo Dayan.

Corinne asintió con un gesto de la cabeza, casi demasiado inhibida para hablar. Él la llevó de vuelta a la seguridad del reservado. Se movía fácilmente entre la multitud, manteniéndola protegida con sus anchos hombros. Dayan le daba la sensación de seguridad, y cuidaba de que nadie topara con ella.

—¿Piensas decirme cómo te llamas? —Fue una pregunta delicada, dicha con una voz tan seductora que parecía de terciopelo.

Con sólo oír el sonido de esa voz, a Corinne le dieron ganas de volver a escucharlo cantar.

—Corinne. Corinne Wentworth. —Lo dijo sin mirarlo. Le costó, porque él era tan atractivo. Y sensual. Esa sensualidad oscura y peligrosa con la que ella no quería nada. Estaban cerca del reservado, de la seguridad. Corinne se permitió volver a respirar.

—¿Para cuándo esperas tu bebé, Corinne? —preguntó él, y su voz era una fino hilo de suavidad. Ella nunca había oído una voz parecida a la suya, tan hipnotizante. Una voz de alcoba. Como un susurro sobre la piel, un susurro intenso que la quemó.

Su pregunta la hizo detenerse en seco, y le dirigió una mirada rápida y cargada de culpa a Lisa, temiendo que pudiera haberle oído. Por un momento, se sintió desesperar. Lisa tenía la cabeza inclinada hacia Cullen Tucker, y reía por algo que éste le estaba contando. Dayan se inclinó y la protegió con todo el cuerpo, aislándola de la ruidosa multitud. Corinne veía en Dayan a una especie de celebridad, y creía que todo el mundo se pelearía por acercársele, por disputarse al menos un autógrafo suyo y, sin embargo, nadie lo molestaba. Ni siquiera las mujeres.

—Corinne. —Algo hacía con su nombre, lo pronunciaba como algo exótico con su extraño acento—. Estás muy pálida. ¿Quieres que vaya a buscar a tu amiga y salgamos un momento a respirar el aire? Hay demasiada gente aquí dentro.

—Ella no lo sabe. —De golpe, dijo la verdad y enseguida se horrorizó por haberlo dicho. ¿Qué había en ese hombre? Había bailado con un perfecto desconocido, fundiéndose con él con tal intimidad que parecían dos amantes. Normalmente, Corinne era una persona retraída, pero ahora sentía el impulso de contarle a aquel individuo los detalles más íntimos de su vida.

Dayan cambió enseguida de dirección, y abriéndose paso una vez más entre la multitud, se dirigió a la puerta, acompañándola a paso tranquilo. *Ella quería ir adonde él fuera.* Corinne no entendía ese impulso irracional. El aire frío debería haberle despejado la cabeza, pero él se acercó hasta quedar muy cerca de ella, haciendo añicos la poca compostura que le quedaba. No podía pensar con claridad teniendo a él tan cerca.

Dayan la llevó hacia las sombras. Todo en él se preparaba a reclamarla como suya. La deseaba. La necesitaba, y sentía que estaba a

punto de inflamarse de la cabeza a los pies. Ella se quedó ahí mirándolo con sus enormes ojos verdes, y él se sintió perdido. Supo que estaría perdido para toda la eternidad.

—Bien. Empiezas a recuperar el color. Por lo visto, tu amiga se preocupa mucho por ti. No puedo imaginar que no se alegre con la noticia del bebé.

Corinne levantó una mano para apartarse la espesa cabellera.

—No debería haberte dado una impresión equivocada. Lisa se pondrá muy contenta con lo del bebé por varios motivos. Sólo que ahora estoy... —dijo, y calló. Sentía cierto reparo en revelarle detalles de su vida personal. Él la miraba desde su altura y sus ojos estaban tan... *hambrientos. Solitarios.* Corinne no sabía qué era, pero le resultaba imposible resistirse a esa mirada.

Dayan la hacía sentirse como acorralada por un gran felino de la selva. Sus ojos no parpadeaban, sólo la miraban. Totalmente concentrados en ella. Por un instante, Corinne habría jurado que vio el destello de una flama roja en la profundidad de esa mirada.

—Tienes que dejar de mirarme de esa manera. —Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera censurarlas, y entonces rió. Era una mujer adulta y, normalmente, se portaba como una persona muy razonable. Sin duda, él se estaba formando una impresión de ella que no correspondía a la realidad.

Él sonrió, lenta y sensualmente. Aquello le volvió a acelerar el corazón a Corinne. Sintió algo en la boca del estómago, como una quemazón.

—¿Te estaba mirando? —preguntó él, con una voz que le rozó la piel y la hizo arder, una voz tentadora.

Corinne inclinó la cabeza a un lado y observó sus perfectos rasgos masculinos.

—Sabes muy bien que sí. Tienes esa mirada de macho engréido pintada en la cara. No puedo pensar con claridad mientras me miras de esa manera.

—¿Cómo te miro? —Fue una pregunta hecha con voz suave y delicada, con una nota de ternura. A Corinne le dio un vuelco el corazón.

Como un leopardo a punto de dar el salto. Fue una idea que le vino sin pensar. Vio que en la boca de Dayan asomaba una sonrisa, como si le leyera el pensamiento, y la idea la hizo sonrojarse.

—No importa. Sólo te pido que pares —dijo, estirando la mano como si pudiera mantenerlo a distancia.

—Ibas a hablarme del bebé. *Y del padre del bebé. No queremos dejarlo a él fuera de la conversación. Quieres contármelo.* Dayan la «empujaba» descaradamente, tenía que saberlo. El hombre había muerto. Dayan lo intuía, lo veía en la tristeza que había dejado en la mirada de Corinne. Había querido lo bastante a un hombre como para traer su hijo al mundo. ¿Quién era ese hombre?

Le cogió la mano que ella había puesto por delante, su mano izquierda, y encontró el anillo de oro, el símbolo de la unión matrimonial entre los humanos, la marca que proclamaba que pertenecía a otro hombre.

Aquel pensamiento activó la peligrosa agresividad que caracterizaba a su especie, y luchó contra la bestia que nacía en él. No quería correr el riesgo de atemorizarla. Con el pulgar, frotó el anillo con gesto casi inconsciente, arriba y abajo, como una lenta y persistente caricia. Como una insistente caricia. Se llevó la punta de sus dedos a los labios. Durante ese rato, mantuvo su oscura mirada fija en ella, clavada directamente en sus ojos.

Era una mirada hipnótica. Estimulante, de alguna extraña manera. Corinne se quedó sin aliento cuando sus dientes le rozaron los dedos y sintió su boca cálida y húmeda, y luego experimentó ese cosquilleo en el estómago. Con los dientes, Dayan tiró ligeramente del anillo de oro. Era una sensación muy erótica, y Corinne se estremeció. Se lo quedó mirando un buen rato, totalmente fascinada, antes de responder al reflejo de retirar la mano.

—Cuéntame lo de tu bebé, querida —le ordenó él, con voz grave, casi ronroneante.

Le tocó ligeramente la conciencia, con extremo cuidado. Ella se resistía al impulso de contarle lo que él quería saber, pero ella era humana y él era un antiguo, descendiente de un linaje de machos dominantes. Era demasiado fuerte para que ella se le pudiera resistir.

Corinne se llevó una mano al vientre con gesto protector. El viento barría la calle y soplaba sobre las hojas y el polvo hasta formar remolinos. Sin darse cuenta, se acercó más al abrigo que le brindaba Dayan con su cuerpo.

—Crecí con Lisa y su hermano, John —dijo, y paró bruscamen-

te de hablar, como si la garganta se le hubiera cerrado al pronunciar el nombre.

John. El nombre fue para él como una puñalada. Su manera de decirlo, el dolor que se reflejaba en sus ojos, aquello le decía cuánto significaba aquel hombre para ella. *John.* A Dayan nunca le había gustado ese nombre. Y no quería saber más. No quería oír su voz cuando pronunciara ese nombre que detestaba.

Corinne hizo girar el anillo de bodas con gesto nervioso.

—Los tres tuvimos una infancia difícil, así que supongo que nuestros lazos eran más estrechos que los de la mayoría de las personas. John y yo éramos... diferentes. —Corinne le lanzó una mirada fugaz por debajo de sus frondosas pestañas. No quería explicarle qué significaba esa palabra. Ella no lo conocía, no entendía por qué confiaba en él, aunque se tratara de un perfecto desconocido. No sabía por qué tenía la sensación de que su cuerpo lo conocía. *Lo deseaba.* Corinne apartó aquellos pensamientos erráticos, y se concentró del todo en aquello que podía contarle... o no contarle.

Dayan se adentró en su mente, deseoso de tener una explicación de lo que significaba «diferente». Tuvo una visión de una imagen rápidamente censurada. Telequinesia. Corinne podía mover objetos con la mente. Desde luego, poseía capacidades psíquicas. Si de verdad era su compañera eterna, tenía que poseerlas. Dayan no sabía cómo explicarle qué era una compañera eterna. Cómo iba a revelarle que él pertenecía a otra especie. O que había vivido mil años en este mundo, y que necesitaba sangre para sobrevivir.

Dayan la observaba mientras Corinne hacía girar el anillo de oro. Cada vez que lo tocaba, o lo rozaba, él sentía que se añadía un nudo a su estómago. Intentó obligarse a mirarla a los ojos, pero ese leve movimiento con que ella se delataba lo tenía fascinado.

Corinne se encogió de hombros.

—Para resumir, John y yo nos casamos, pero a él lo asesinaron hace unos meses. Yo ni siquiera sabía que estaba embarazada. No le he dicho nada a Lisa porque... —dijo, vacilando, buscando las palabras adecuadas.

Aquello hizo que él volviera a mirarla a la cara. Ella sintió el impacto de su mirada fija hasta los huesos. Él le envolvió las manos con las suyas y logró calmar el nervioso ir y venir de sus dedos sobre el

anillo. A ella, el corazón le latió con fuerza, una curiosa sensación que la alarmó.

Él no apartó los ojos oscuros de su cara. En ningún momento. Y todavía no había parpadeado. Corinne se sentía casi como si cayera en las profundidades de esos ojos extraños e hipnóticos. ¿Qué importaba si Dayan pensaba que estaba chalada? Ella no le había pedido su amistad, ni tampoco la quería. Ella no le contaba aquella historia por simpatía. Pensándolo bien, ¿por qué le contaba su historia? Alzó el mentón, le lanzó una mirada desafiante y dijo:

—Tengo un problema de corazón. —Si él echara a correr como un conejo, ella estaría de lo más contenta. Aquel tipo era una complicación, una fantasía, el peor «chico malo» que podía encontrar, y ella no quería tener nada que ver con él.

Dayan penetró suavemente en sus pensamientos. Captó imágenes de hospitales, máquinas, análisis interminables. Imágenes de ella preguntando por una lista de espera para un trasplante. De médicos y más médicos que sacudían la cabeza. Corinne sufría de varias alergias. Sangraba fácilmente, demasiado. Los especialistas estaban asombrados de que hubiera vivido tanto. Dayan se frotó pensativamente el puente de la nariz, con los ojos intensamente fijos en ella.

—Eso quiere decir que el bebé representa un peligro, y eso a Lisa no le gustaría.

Corinne dejó escapar un suspiro. Era casi un alivio haberlo contado.

—No, a Lisa no le gustará nada. Se asustará demasiado.

Corinne había esperado a contárselo a Lisa hasta que fuera demasiado tarde para que ella intentara convencerla de que no debía tener el bebé. Ella quería ese bebé. Su pequeña niña. Mucho después de su muerte, y después de haber muerto John, su hija viviría y respiraría, correría y jugaría y, era de esperar, llevaría una vida del todo normal. Corinne tenía una fe ciega en que Lisa cuidaría de la niña y la amaría. Retiró las manos, que él sostenía entre las suyas, para ponerlas con gesto protector sobre el vientre donde descansaba el feto.

—Eres muy pequeña. ¿De cuántos meses estás? —En cuanto las palabras salieron de sus labios, él se quedó maravillado de haberlas pronunciado. Entre todas las cosas que había imaginado, jamás había pensado en hacer ese tipo de preguntas. Era una calidez que florecía

y se agrandaba. Un sentido de pertenencia. Era curioso, pero Dayan se sentía como si ya tuviera una familia.

—Los médicos están un poco preocupados, pero en general tiene buen aspecto. Está creciendo bien. Me han dicho que es una niña. Estoy de seis meses.

Aquella noticia lo dejó un momento sin aliento. Corinne era diminuta.

—¿A los médicos también les preocupa tu problema cardíaco? ¿Creen que se trata de un embarazo de riesgo? ¿Quizás, incluso, muy peligroso? —Seguía hablando con voz suave, pero tenía un efecto en ella del que al parecer Corinne no podía librarse. Casi sonaba como si, de alguna manera, la estuviera riñendo, como si reflexionara sobre cómo abordaría la situación.

Corinne se sintió obligada a responderle, aunque no era lo que quería.

—A mi corazón ya le cuesta funcionar sólo para mí, sin hablar del bebé —concedió, a pesar suyo. Sus dedos volvieron a encontrar el anillo y a hacerlo girar en el dedo, un gesto nervioso que volvía a delatar su aflicción interior.

Dayan asintió con la cabeza, a pesar de que se tensó con la pregunta que iba a hacerle.

—¿Y tu marido? —Se obligó a preguntar, a pesar de que las palabras se le quedaban como pegadas en la garganta—. ¿Por qué lo asesinaron? —Sin que pudiera evitarlo, avanzó la mano y le cogió la suya, se la llevó al pecho con la palma abierta, justo sobre el corazón, con lo cual consiguió que dejara de manosear el anillo.

Corinne alzó la mirada hacia él. Se produjo un arco eléctrico entre los dos y el aire chisporroteó, cargado de electricidad. A ella le costaba pensar mientras él la mirara con esos ojos hipnóticos y mientras la tocara, turbando así sus sentidos. Hablar del asesinato de su marido debería haberle parecido imposible, pero se dio cuenta de que las palabras salían solas.

—La policía no ha encontrado un motivo. Los asesinos ni siquiera le robaron la cartera.

—Pero tú tienes una idea. —Dayan lo dijo como una afirmación.

Corinne volvió a sentir esas ganas de hablar de los detalles. Normalmente, sólo se confiaba a Lisa y, sin embargo, no le había dicho ni una palabra acerca del bebé ni de sus sospechas sobre la muerte de

John. *¿Cómo diablos se explicaba que le contara hasta los más recónditos secretos a un perfecto desconocido?*

—John hacía cosas que no eran normales. Hace más o menos un año, acudió a la universidad para hablar con alguien acerca de sus dones. De ahí lo derivaron a un centro donde analizaron sus capacidades psíquicas, el Centro Morrison de Investigación de Fenómenos Psíquicos. John creía que quizá podía ayudar a las personas utilizando su don único. Casi enseguida después de su visita al centro me dijo que pensaba que lo seguían —dijo, y retiró la mano—. No creo que tengas ganas de saber qué ocurrió.

—Al contrario. Me interesa mucho. Todo lo que tenga que ver contigo me interesa.